

UN CARISMA EN LA HISTORIA



«Pasemos a la
otra orilla»

(Marcos 4,35-41)

VER:
UN CARISMA EN LA HISTORIA

«Pasemos a la otra orilla»

(Marcos 4,35-41)

Misioneros de la esperanza para el mundo de hoy

Imprimatur
Superior Generalis
Prot. N.: 0000 069/2025

Introducción

Apreciados cohermanos, hermanas, formandos, laicos asociados y miembros de la Familia Redentorista:

Reciban un fraterno saludo en Cristo Redentor. En el día en que celebramos la fiesta de la Anunciación del Señor, el Secretariado para la Evangelización extiende una invitación a toda la Congregación a reflexionar sobre nuestra misión redentorista. Como preámbulo, quisiéramos compartir las palabras de Jesús en el episodio de la tempestad en el mar: «Pasemos a la otra orilla...». Nos gustaría ofrecerles dos textos de reflexión: el que tienen en sus manos en este momento y otro más que se publicará en la fiesta del Beato Gennaro Sarnelli. Ambos textos son recursos para la formación continua de los congregados, laicos asociados y comunidades en cada (vice)provincia, y forman parte del camino de preparación a la *Communicanda* sobre la misión, que será publicada en un futuro cercano.

1. El XXVI Capítulo General, en su primera directriz, determinó que “el Gobierno General, mediante una *Communicanda*, encuentros, cursos u otros medios, ofrezca directrices sobre cómo rescatar y fortalecer nuestra Identidad Misionera Redentorista, teniendo en cuenta nuestra Casa Común, la justicia social y la misión compartida” (XXVI Capítulo General, Directriz 1). En

respuesta a esta directriz, la *Communicanda sobre la Misión* será dirigida a los cohermanos, formandos, colaboradores en la misión y a toda la Familia Redentorista. Nuestra misión redentorista se enfrenta hoy a innumerables desafíos, lo que nos exige reimaginar caminos renovados para su realización. El contexto que vio nacer a la Congregación en el siglo XVIII estaba marcado por importantes tensiones políticas y culturales que definieron la misión de los Redentoristas. De manera similar, hoy nos encontramos ante tensiones y polarizaciones en nuestra sociedad, así como con el debilitamiento de la democracia. Estamos viviendo una época de cambios que hemos denominado como "liminal", en la que está emergiendo un rostro renovado de la Congregación.

2. Precisamente, el XXVI Capítulo General adoptó la liminalidad como la categoría arquetípica de nuestro tiempo, definiendo profundamente nuestra misión. La liminalidad se entiende como el espacio de periferia donde ya no nos sentimos seguros y donde experimentamos impotencia, incomprensión y ansiedad. Se trata de ese "lugar" y momento en el que nos encontramos sin haberlo buscado, pero en el que también descubrimos innumerables posibilidades. Es un espacio que, de alguna manera, nos hace experimentar un sentirse en casa, porque es allí donde se encuentran los pobres, los abandonados y los angustiados. En este sentido, la liminalidad se convierte

para nosotros en el Scala de hoy, donde podemos redescubrir la intuición carismática original de San Alfonso y la frescura del Evangelio (cf. EG, 11) que él proclamó.

3. En este contexto de liminalidad, Cristo Redentor es nuestro centro y punto de referencia (cf. Jn 14,6; Jn 15,4-12; 1 Co 12,4-27). Él es el Evangelizador de los más pobres y abandonados. Los fundamentos, objetivos y destinatarios de nuestra misión están claramente definidos en las Constituciones y Estatutos Generales de la Congregación. Estos establecen que, según el espíritu y la intuición de San Alfonso, los Redentoristas solo serán verdaderamente misioneros si tienen a Cristo y a los pobres en su corazón, viviendo y actuando como cooperadores de Cristo Redentor en una comunidad apostólica (cf. Const. 2).

4. Este texto de reflexión nos invita a reimaginar nuestra misión en el mundo actual para revitalizar nuestra *Vita Apostolica*. Como discípulos misioneros de Cristo, no basta con conocerlo o escucharlo; estamos llamados a darlo a conocer a través de nuestra manera de vivir, para que su Evangelio sea luz y esperanza en el mundo. Jesús mismo nos dice: «Ustedes son la sal de la tierra... ustedes son la luz del mundo» (Mt 5,13-15; *Communicanda* 1/2024). Necesitamos estar abiertos a la acción del Espíritu Santo. «Siguiendo la intuición de San Alfonso, la misión ocupa un lugar central en nuestra vida e identidad» (XXVI Capítulo General, Documento Final 24). Esperamos que esta

reflexión nos ayude a tomar mayor conciencia de que nuestra Misión Redentorista hoy es, y debe ser, una misión compartida con los laicos.

5. Misión, comunidad y espiritualidad son los tres pilares de nuestra identidad redentorista. "La misión de Cristo Redentor", que es la misión de Dios Padre, es la razón de nuestra consagración como Redentoristas (cf. Const., cap. 3). La Congregación existe para la misión de Cristo, como lo expresan nuestras Constituciones a través del término *Vita Apostolica*, que abarca tanto la vida de especial consagración a Dios como nuestra actividad misionera (cf. Const. 1). Estamos llamados a "continuar la presencia de Cristo y su misión redentora en el mundo" de hoy (cf. Const. 23).

6. Sin embargo, esta mirada atenta y amorosa a nuestra realidad actual es solo el primer paso. Nos permitirá discernir las respuestas más adecuadas y avanzar con esperanza hacia el futuro. Reimaginar nuestra misión redentorista no significa únicamente mejorar lo que siempre hemos hecho o perfeccionar los sistemas y reglas existentes en nuestra manera de llevarla a cabo (cf. *Fratelli tutti*, 7). Nuevas estructuras para la misión exigen un nuevo espíritu misionero. En este sentido, el relato evangélico de la tempestad (Mc 4,35-41), citado al inicio de esta reflexión, cobra un significado especial como texto preparatorio para la *Communicanda* solicitada por el XXVI Capítulo General.

Queremos explorar el contexto en el que vivimos y cómo este impacta nuestra identidad y misión (XXVI Capítulo General, Directriz 2). Esto nos llevará a reimaginar nuestra presencia en el mundo, un mundo cambiante y fluido, y a proponer con valentía nuevas expresiones de nuestra misión.

Para ello, seguiremos una metodología y una estructura pastoral en tres textos:

- 1º Texto: Ver – Un carisma en la historia
- 2º Texto: Discernir – Reimaginar nuestra misión en un mundo cambiante
- 3º Texto: Actuar – *Communicanda* 2/2025: «Pasemos a la otra orilla»

VER

UN CARISMA EN LA HISTORIA

7. Al adentrarnos en esta lectura contemplativa del mundo como el espacio donde nuestra Familia Redentorista desarrolla su misión, queremos dejarnos inspirar por el relato evangélico de Jesús calmando la tempestad:

Aquel día, al atardecer, Jesús les dijo: «Pasemos a la otra orilla». Entonces, despidieron a la gente y lo llevaron en la barca tal como estaba, mientras otras barcas lo acompañaban. De repente, se desató un viento huracanado, y las olas golpeaban la barca hasta llenarla de agua. Mientras tanto, Jesús dormía en la popa, sobre un cojín. Lo despertaron y le dijeron: «Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?». Jesús se levantó, reprendió al viento y dijo al mar: «¡Silencio! ¡Cállate!». El viento cesó y sobrevino una gran calma. Entonces les preguntó: «¿Por qué tienen tanto miedo? ¿Aún no tienen fe?». Ellos, sobrecogidos de temor, se decían unos a otros: «¿Quién es este, que hasta el viento y el mar le obedecen?» (Mc 4, 35-41).

8. El XXVI Capítulo General buscó discernir formas de vivir con fidelidad el carisma y la misión redentorista en el mundo de hoy. Los capitulares, como ya hemos señalado, se refirieron a este tiempo de cambios rápidos y dramáticos como un período de liminalidad, en el que el mundo está tratando de entender lo que está sucediendo y lo que está por gestarse. También identificaron una tensión creativa en el proceso de transición del viejo orden a uno nuevo. Esta realidad se refleja en la narración evangélica de la tormenta en el mar. Cuando remamos, generalmente lo hacemos hacia adelante, pero, de vez en cuando, miramos atrás. Podemos identificar la orilla de donde hemos salido, pero

para distinguir «el otro lado» al que queremos llegar, se nos pide hacer un esfuerzo mayor. El Papa Francisco ha descrito este tiempo como un «cambio de época», que genera imprevisibilidad y confusión debido a la pérdida de las certezas del pasado y a la incertidumbre de un futuro que aún no podemos ver con claridad (cf. Documento final, 26). En efecto, no hay época sin crisis. En muchos sentidos, nuestro tiempo vive una experiencia de tormenta: perturbaciones y choques que la familia redentorista encuentra al navegar en el mar turbulento del mundo.

9. Aunque a veces nuestra atención se centre en los peligros y amenazas de este tiempo de liminalidad, es importante señalar que este momento también es un tiempo de gracia. Por eso, hemos logrado identificarnos a nosotros mismos como «Misioneros de la esperanza tras las huellas del Redentor», y nos sentimos llamados a abrazar con esperanza las posibilidades inherentes a este momento liminal.

10. Los capitulares del XXVI Capítulo General reconocieron que la Congregación existe dentro de la historia. Nuestro carisma siempre se sitúa y se desarrolla en diversos contextos económicos, políticos, socioculturales y eclesiales. Reconocemos que la misión redentorista no se desarrolla en el vacío. Al contrario, solo puede seguir avanzando si permanece inmersa en las contingencias de los acontecimientos y en las vicisitudes de la historia. Por eso,

vivir nuestro carisma hoy implica anticiparnos al desarrollo de esta historia para afrontarla con audacia, con un espíritu de fidelidad creativa y celo misionero. También implica el deseo de renovar y transformar continuamente nuestra *Vita Apostolica*, respondiendo a la llamada a ser auténticos discípulos misioneros del Redentor. Verdaderamente, este es un tiempo en el que los cuestionamientos planteados en la *Redemptoris Missio* encuentran nueva resonancia:

- ¿Tiene todavía sentido la misión de la Iglesia en el mundo de hoy? (cf. RM, 4)
- ¿Cuál es, concretamente, el sentido y la actualidad de la misión redentorista hoy?

Luces y sombras: La misión redentorista en el mundo de hoy

11. En el mundo actual, apreciamos tanto luces como sombras. Por un lado, hay desarrollos positivos, avances y logros que permiten el progreso de los pueblos y las culturas. Por otro lado, también surgen graves problemas y desafíos que debemos afrontar. El carácter ambivalente de la realidad refleja, a la vez, las esperanzas y los dolores, las alegrías y los sufrimientos de la humanidad y de toda la Creación.

12. Los documentos del Vaticano II, en particular la *Gaudium et Spes*, señalaron la necesidad de comprender y responder a la cuestión de la búsqueda de sentido, a los «gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias» (GS 1) de los hombres de hoy. Igualmente, los últimos Capítulos Generales han expresado su preocupación por el modo en que los procesos de secularización y el cambio acelerado afectan nuestra identidad y misión redentoristas. Nos vemos, así, interpelados a comprender el sentido de las esperanzas y aspiraciones, así como de la desilusión y desesperación de los hombres de hoy, realidades que también tocan nuestra vida como consagrados.

13. Muchas personas encuentran y avanzan en su camino de fe dentro de una sociedad y un contexto marcadamente secularistas. Ya no vivimos en una cultura que pueda describirse como cristiana. Así, el reto en el camino de la evangelización radica en saber propiciar conexiones significativas entre las personas, ofreciéndoles un sentido de totalidad y pertenencia, en un ambiente que les ayude a superar prejuicios y a abrirse al don de la fe. Se trata de un llamado a entablar relaciones con y en la sociedad, un llamado a escuchar atentamente al mundo para poder responder de forma creativa a los anhelos y deseos humanos de hoy. El planteamiento redentorista de «evangelizar y ser evangelizados por» aquellos con quienes

caminamos nos invita a sumergirnos en un compromiso creativo y dialogal con la gente de nuestro tiempo.

Los efectos de un mundo globalizado y secularizado

14. El cambio de mentalidad que sigue produciéndose, debido especialmente a los rápidos avances en el ámbito científico y tecnológico, está provocando en las conciencias lo que Benedicto XVI denominó «el eclipse de Dios y de la fe». Juan Pablo II hablaba de una sociedad inclinada a apostatar silenciosamente de Dios. En este ambiente, la fe en Dios se vuelve irrelevante y su ausencia no parece generar nostalgia alguna. Es evidente, en algunos contextos, sobre todo en Occidente, la ruptura que se ha producido entre la Iglesia, la sociedad y las nuevas generaciones. Así, a la Iglesia le resulta cada vez más difícil restablecer nuevos vínculos y relaciones con la sociedad, especialmente con los jóvenes.

Igualmente, se hace evidente la confusión de muchos jóvenes que, a pesar de mantener una cierta sensibilidad religiosa, encuentran difícil orientarse en la búsqueda de respuestas a las preguntas fundamentales de la vida. El monopolio moral de la Iglesia, que en el pasado guiaba el camino de muchos pueblos, se encuentra cada vez más

debilitado hoy, sobre todo por la falta de testimonio del Evangelio. El papel de la Iglesia en la sociedad se reduce cada vez más y su influencia es cada vez menos visible. Percibida como una institución que se margina a sí misma, a menudo atrincherada en supuestos morales o doctrinales sobre cuestiones como el aborto y la moral sexual, la Iglesia es frecuentemente considerada una institución que no está abierta a escuchar las experiencias de la gente.

15. Pero esta realidad también puede entenderse como una búsqueda y un impulso hacia la autenticidad, la honestidad y la integridad. Si nuestra familia redentorista se esfuerza por escuchar atentamente estos anhelos y encontrar respuestas, podríamos descubrir nuevas posibilidades de compromiso y diálogo, lo que abriría oportunidades para renovar y reimaginar nuestra misión.

16. Asimismo, estamos siendo testigos de una pérdida de confianza en la razón y en las instituciones que hasta ahora habían proporcionado sentido y orden a la sociedad. Esta pérdida de confianza en las instituciones, especialmente en la Iglesia, se ha visto agravada por escándalos de diversa índole. Esto ha causado una erosión lenta pero constante, no solo de la credibilidad de la Iglesia, sino también de su misión y de su papel evangelizador. La rapidez y profundidad de la transformación cultural que se está produciendo en los últimos años, apenas nos da la oportunidad de asimilarla, comprenderla y ofrecer

soluciones adecuadas. Vemos, por ejemplo, cómo el mundo rural, en el que nuestra Congregación nació y tuvo una fuerte presencia durante tanto tiempo, casi ha desaparecido, dando paso a grandes aglomerados urbanos que ahora se convierten en los verdaderos territorios de misión. Mientras seguimos tratando de descifrar el fenómeno del mundo secularizado, nos enfrentamos ahora a la realidad del mundo postsecularizado. A la crisis de las certezas religiosas tradicionales, se añade ahora la crisis de las certezas seculares (cf. T. Halik)

17. En muchos lugares, observamos que los creyentes están abandonando sus prácticas tradicionales para embarcarse en nuevas búsquedas del sentido de la existencia y la experiencia de lo trascendente. Por ejemplo, se está viviendo el auge de lo que algunos han denominado, a falta de un término mejor, neopaganismo, que recupera creencias del pasado sin conexión con las principales tradiciones religiosas del mundo actual. A veces, esto incluye una forma de sincretismo, una amalgama de creencias, costumbres y escuelas de pensamiento, sacadas de su contexto original. Otra realidad es que las categorías de creyente practicante y ateo militante tienden a desdibujarse en el mar de lo que algunos, como Charles Taylor, han señalado como un «desencanto». Mientras se abandonan tácitamente los elementos fundamentales de la fe, a muchos solo les quedan las expresiones de un

cristianismo meramente social y cultural. De este modo, la fe se privatiza y se despoja de todo vínculo moral o dogmático, mientras que, en el otro extremo, se manifiesta en una religiosidad extrínseca basada en el rigorismo o en el autoritarismo.

18. Por otro lado, reconocemos y nos sentimos inspirados por el altruismo y la genuina preocupación de muchas personas en el mundo secular, especialmente de los jóvenes. Muchas personas escuchan y responden creativamente al clamor de la tierra y de los pobres. A lo largo y ancho del mundo, vemos a personas de buena voluntad unirse para apoyar causas ecológicas, como el cambio climático. En numerosos lugares, observamos colectas de alimentos, ropa, así como campañas y marchas en ayuda de quienes se ven afectados por diversas enfermedades y problemas sociales. Reconocemos y apreciamos esta generosidad y este activismo como una luz resplandeciente, y también como una llamada a nuestra familia redentorista a unirse, apoyar y conectar con estas causas comunes.

19. De igual manera, en algunos países, los llamados «nones» (no creyentes, no afiliados a ninguna religión, por sus siglas en inglés) constituyen el grupo más numeroso entre las diferentes denominaciones, superando incluso a los cristianos o a cualquier otro grupo confesional. La autosuficiencia, la autonomía total y la indiferencia ante la religión son algunos de sus rasgos característicos. En este

contexto, Dios no es necesario; es expulsado de la historia y sustituido por el ídolo de la racionalidad tecnológica, lo que da paso a un nihilismo antropológico que reduce a las personas a instintos y tendencias, llevándolas a naufragar en un océano de banalidad. Esto nos permite identificar lo que algunos han llamado una «sociedad líquida» (Bauman), caracterizada por el cambio constante, la movilidad y la incertidumbre, en la que los vínculos son transitorios y volátiles. Además, el tiempo se vive sin certezas; la espiritualidad se desarrolla sin Dios, sin pertenencia ni afiliación religiosa, y las relaciones carecen de responsabilidad.

20. Estos cambios contextuales dan lugar a un nuevo tipo de personas y de sociedad. Asistimos a la búsqueda del máximo beneficio con el mínimo costo, lo que lleva a la subjetivización de la moral. Estos factores han logrado conquistar y colonizar los deseos y las voluntades tanto de los individuos como de los creyentes. La búsqueda del éxito a toda costa, del máximo beneficio, de la competencia despiadada, del placer individual y el rechazo de toda forma de pertenencia caracterizan a la sociedad actual, llevándola a la fragmentación, a la relativización de las opciones y a la primacía de la subjetividad. Es una cultura laicista que pretende organizar la sociedad basándose únicamente en la racionalidad tecnológica, en la primacía del hedonismo

individualista y en la marginación de la dimensión religiosa de la cultura (Juan Pablo II).

21. Este es el contexto de una sociedad consumista en la que la palabra «suficiente» parece no existir, y en la que nos ha tocado llevar adelante nuestra misión redentorista. Es un contexto donde la mayor felicidad del individuo se basa en la adquisición de bienes y servicios. No parece haber distinción entre lo que se desea y lo que realmente se necesita cuando se trata de consumir. Como resultado, el acto de comprar y consumir termina por definir a la persona humana. Las personas entran en un ciclo de consumo insaciable y se sienten obligadas a «actualizarse» constantemente en función de los bienes y servicios que creen necesitar, todo ello a costa de la degradación de los bienes naturales de nuestra Casa Común.

22. No es de extrañar que la cultura del poseer y del disfrute esté llevando a la sociedad a un déficit de esperanza, lo que hace que el individuo acabe viviendo en un mundo marcado por la banalidad y la frivolidad existencial.

23. También estamos siendo testigos de una proliferación de comunidades como Médicos sin Fronteras, Ingenieros sin Fronteras, la Cruz Roja, la Media Luna Roja, Hábitat para la Humanidad y una miríada de otras agencias de ayuda voluntaria. Esto refleja una generosidad inspiradora y un

impulso por crear respuestas interculturales a problemas y preocupaciones que van más allá de las fronteras.

24. Por otro lado, el contexto social actual parece indicar que cada persona tiende a encerrarse en sus propias "burbujas de sentido", alejándose de núcleos de significado más amplios, como la familia, la cultura o las instituciones. En esta aldea global, los avances tecnológicos en comunicación acercan a las personas, ayudándolas a superar barreras geográficas y prejuicios existenciales. Las conexiones relacionales se intensifican a pesar de las distancias físicas, lo que permite interacciones más dinámicas. Sin embargo, a pesar de estar más conectados, crece la sensación de aislamiento, soledad y angustia, especialmente entre los jóvenes, que se sienten aún más excluidos. El acceso a una mayor cantidad de información no ha garantizado una comprensión más profunda del conocimiento ni una visión más sabia de la realidad. Por el contrario, se ha incrementado el miedo al otro, a lo diferente o desconocido, así como también ha ampliado la brecha intergeneracional en este mundo digital.

25. Abundan las *fake news* y las teorías conspirativas, que alimentan la desconfianza mutua, fomentan divisiones sociales y avivan tensiones raciales. En muchos países, las redes sociales se han convertido en una poderosa herramienta al servicio de movimientos populistas y extremistas. Percibimos que las categorías religiosas que nos

guiaban ya no son comprendidas o, en el peor de los casos, se descartan como obsoletas. El desafío radica en encontrar nuevas formas y lenguajes para comunicar de manera creativa la riqueza y la alegría del Evangelio.

26. También podemos observar otros cambios en el campo de la misión. La crisis medioambiental sigue en aumento, nuestro mundo se está volviendo cada vez más tecnológico y digital, y la migración, con sus consecuencias, continúa creciendo. Además, cada individuo forma su propio criterio y toma sus decisiones cuando quiere, como quiere y con la frecuencia que desea.

27. Tras la pandemia de Covid-19, el mundo tal como lo conocíamos cambió de manera significativa. Vivir en la «nueva normalidad» ha transformado la forma en que las personas se relacionan entre sí, con la sociedad y con la Iglesia. La pandemia trajo consigo la fe y las prácticas *online*, lo que ha generado nuevos retos, pero también ha abierto oportunidades para las comunidades de fe y nuestra familia redentorista.

Ser luz del mundo (Mt 5,14)

Nuestra presencia Redentorista en el mundo de hoy

28. Nuestra identidad redentorista se encuentra cimentada en la persona de Cristo Redentor. Se manifiesta como una expresión del amor de Dios, de su misericordia y de la copiosa redención en un mundo donde se entrelazan los dramas y las esperanzas de la humanidad, y donde está naciendo un rostro renovado de la Congregación y de nuestra misión. Reconocemos los signos de esperanza que afloran en el mundo secular y que resuenan con el mensaje de la copiosa redención. Este es un tiempo de esperanza que lleva las marcas del Misterio Pascual, en el que Cristo Redentor, muerto y resucitado, sigue manifestándose como Señor de la historia. Este año dedicado a la misión, que coincide con el Año Jubilar 2025, es un llamado a toda la Familia Redentorista a reavivar la esperanza mientras contemplamos las corrientes en el mar del mundo.

29. Cuando miramos atrás en nuestra historia, no contemplamos el pasado como algo lejano, sino como un presente que ha sido modelado y definido por quienes nos han precedido. San Alfonso nos enseñó a no conformarnos con la mentalidad de este mundo (Rom 12,2), sino a buscar su transformación mediante la conformidad con la Voluntad Divina. Era muy consciente de que quien pierde

la vida por Jesús, al final la gana (Mt 10,-37-42). En su propia vida, Alfonso encarnó la actitud de «pasar al otro lado...». Por eso, en lugar de buscar la autoconservación en los momentos de crisis, siempre puso primero el amor y la voluntad de Dios, el Bien Supremo, aún a costa de grandes sacrificios. Solo así, abrazando la Voluntad Divina, fue capaz de responder con fidelidad creativa a su llamado misionero y al de fundar la Congregación, a pesar de las dificultades e incertidumbres que conllevaba dejar la seguridad de su hogar, de su familia y de su Nápoles natal.

30. Esta actitud, al igual que la de nuestros Santos y Mártires que gastaron su vida al servicio de la redención abundante, forma parte de nuestro presente y es nuestro punto de referencia para seguir construyendo el futuro en el que se prolonga la misión redentorista. Así, al releer creativamente nuestro carisma y nuestra misión, en nuestras propias circunstancias, lograremos mantener su dinamismo y vitalidad en el hoy y en el mañana. La manera redentorista de vivir y encarnar nuestro carisma en la historia es lo que nos hace originales y, al mismo tiempo, relevantes dentro de la Iglesia y la sociedad en general.

Continuar la misión del Redentor

31. El mundo contemporáneo, con sus luces y sombras, es el mar en el que navegamos, el campo de misión al que

somos enviados como colaboradores de Jesucristo en la gran obra de la redención (Const. 2) y como misioneros de la esperanza. En muchas de nuestras comunidades, hay un esfuerzo genuino por responder a estos desafíos con iniciativas audaces. Sin embargo, también se percibe, a nivel generalizado, una evangelización con un ardor misionero debilitado y una práctica pastoral que persiste en una sacramentalización de la fe, sin una adecuada experiencia formativa. Nuestra predicación, en ocasiones, emplea un lenguaje poco significativo para la cultura actual, especialmente para los jóvenes (cf. Documento de Aparecida [DA], 100). El desafío, por lo tanto, es: ¿cómo anunciar la Buena Nueva del Redentor en los nuevos contextos que encontramos hoy?

32. Queremos ser más conscientes de que vivimos y desarrollamos nuestra misión en este momento histórico concreto, y que tanto la historia de la Congregación como la historia de la Iglesia configuran e influyen en nuestra manera de interactuar con el mundo y en los modos como navegamos la realidad. En este sentido, somos agentes vivos del Redentor en la historia, y la misión redentorista continúa contribuyendo a la construcción del Reino, como semilla de vida abundante y de copiosa redención para el mundo (cf. Jn. 10,10).

33. Necesitamos aprender a vivir en tensión dialéctica no solo con lo que ya conocemos, sino también con lo nuevo

y lo desconocido. Debemos aprender a vivir en esta tensión no solo con nuestras zonas de confort y lo que nos da seguridad, sino también con lo que nos genera temores, para dejarnos sorprender por el Espíritu del Redentor, quien es el verdadero Protagonista de la historia (cf. Const. 10, 23, 25).

Somos signos de esperanza

34. Algunos sectores de la sociedad todavía mantienen sus anclajes en la riqueza profunda del cristianismo, sobre la cual se ha cimentado la sociedad occidental. El Papa Francisco nos invita a reconocer una perspectiva más profunda de nuestra identidad misionera hoy, en la que destaca el potencial de los laicos como levadura de muchas y nuevas iniciativas misioneras y evangelizadoras. En la Familia Redentorista, la misión compartida con los laicos sigue siendo un tesoro misionero aún por explorar.

De igual manera, en la Bula de Convocación del Jubileo del Año 2025 *Spes non confundit* («La esperanza no defrauda»), el Papa Francisco señala otros signos de esperanza en nuestro mundo actual. Afirma: «Además de alcanzar la esperanza que nos da la gracia de Dios, también estamos llamados a redescubrirla en los signos de los tiempos que el Señor nos ofrece. Como afirma el Concilio Vaticano II, “es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la

época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, la Iglesia pueda responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura, y sobre la mutua relación de ambas”. Por ello, es necesario poner atención a todo lo bueno que hay en el mundo, para no caer en la tentación de creer que el mal y la violencia nos superan. En este sentido, los signos de los tiempos, que contienen el anhelo del corazón humano, necesitado de la presencia salvífica de Dios, requieren ser transformados en signos de esperanza.» (*Spes non confundit*, n. 7).

35. Concluimos este primer subsidio de reflexión con la invitación a *ver con esperanza* nuestro carisma en la historia, esforzándonos por comprender nuestra realidad actual y cómo el Señor nos llama a responder a las necesidades urgentes de nuestro mundo. Somos Misioneros de la Esperanza que caminan tras las huellas del Redentor, buscando responder hoy como lo hicieron nuestros santos cohermanos del pasado, con dinamismo misionero y creatividad. Las palabras del Papa Pablo VI, contenidas en el documento papal más significativo sobre la evangelización, nos sirven de aliciente en el presente: «Conservemos, pues, el fervor espiritual. Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando haya que sembrar entre lágrimas. Hagámoslo —como Juan el Bautista, como Pedro y Pablo, como los otros Apóstoles,

como esa multitud de admirables evangelizadores que se han sucedido a lo largo de la historia de la Iglesia— con un ímpetu interior que nadie ni nada sea capaz de extinguir. Sea ésta la mayor alegría de nuestras vidas entregadas. Y ojalá que el mundo actual —que busca a veces con angustia, a veces con esperanza— pueda recibir así la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo, y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el Reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo» (*Evangelii nuntiandi*, n. 80).

En la escena de la Anunciación, el Ángel le anuncia a María que será la madre del Redentor. Hoy, como Congregación, junto con nuestros asociados laicos en la misión, estamos llamados a hacer un anuncio similar. Las palabras del Ángel resuenan en nuestros corazones y mentes: *El Redentor está con nosotros, habita en las profundidades de este mundo y se hace carne en nuestras vidas*. Esta profunda intimidad con el Redentor nos otorga el carácter profético de nuestra misión y nos da la audacia necesaria para «pasar a la otra orilla» (Mc 4, 35-41).

PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL O COMUNITARIA

- ¿Cuáles son las principales crisis globales que afectan la misión redentorista hoy en día?
- ¿Cómo podemos, desde la vitalidad del carisma redentorista, adaptarnos y responder a los desafíos actuales en la misión?
- ¿Qué debemos dejar atrás para poder avanzar hacia la "otra orilla" que el Evangelio nos invita a alcanzar?
- ¿Cuáles son las debilidades que, como consagrados y laicos asociados, observamos en nuestra (Vice)Provincia o Región respecto a la misión que realizamos?
- ¿Qué fortalezas existen en nuestra (Vice)Provincia o Región, y en la Congregación en general, que nos permiten seguir adelante en la misión?

Roma, 25 de marzo de 2025, Solemnidad de la
Anunciación del Señor

Secretariado para la Evangelización

Original: inglés



CONGREGATIO SANCTISSIMI
REDEMPTORIS
SECRETARIATUS EVANGELIZATIONIS